

POR ARTHUR MILLER

## El jardín del diablo

Aunque este jardín llevara unas primaveras de retraso para nosotros, había interés en ir a admirarlo en la pantalla del Cinema Victoria que era donde se mostraba. Su jardinero, que mide oficialmente un metro noventa de talla corporal, pero que de talla artística es mucho, infinitamente mucho más alto, se llamaba Gary Cooper. De ahí la razón de acudir todos, el domingo pasado, al mencionado salón, recordando todavía que este artista fué, no hace mucho, el más taquillero de los E.E. U.U.

Y «El jardín del diablo» pretende sacar partido de esta circunstancia. Se pretende exprimir hasta la última gota la popularidad de este gran artista de la pantalla que es Gary Cooper. Su rostro ora infantil ora viril y enérgico, su andar, sus largas piernas arqueadas, sus manos y sus gestos, todo siguen conservando la mis-

ma elocuencia cinematográfica de siempre. Todas estas cualidades tuyas son las que los directores adaptan a cualquier película como «El jardín del diablo».

Película intrascendente, con los tópicos archiconocidos de siempre; con los arreglos o con las situaciones preconcebidas, que el espectador mismo sabría proponerlas al director de la película. El paisaje que aquí puede considerarse el jardín natural, ya que de jardín del diablo se trata, es bello y elocuente.

Juega su papel primordial como siempre lo juega cuando de películas de esta naturaleza se refiere. Gary Cooper, como siempre, basta que se ponga delante de la cámara, o esta delante de él, para que la película rueda por sí sola. Susan Hayward, es preferible verla en otra clase de papeles. Richard Widmark encaja bien su interpretación.

## San Juan Bosco

El jueves pasado todos los empleados de los dos cines locales festejaron a este su santo Patrón. Como en años anteriores, celebraron un oficio en su honor, además de ofrecer al público los empleados de uno de los dos cines una audición de sardanas y pasacalle. Por la tarde, sesión de cine dedicada a los pequeños, en los dos locales, y por la noche más sesiones de cine a precio reducido y presentadas por los empleados.

San Juan Bosco ofreció un día espléndido a sus patrocinados, pero no así al público que asistió a uno de los locales. Público que daba la impresión de encontrarse hambriento de cine. Que le bastaban unas pan-

cartas pregonando: «Queremos cine». Entonces la escena habría dado la impresión de otras escenas que de vez en cuando vemos en la pantalla, pero encontrando a faltar algo: la fuerza que cargara contra las desenfrenadas multitudes.

Porque verdaderamente lo que faltaba a la puerta del local aquel eran tres o cuatro guardias que desenfundando la porra hicieran entrar en razón a aquella incultura. ¿Por qué no estaban presentes?

A la escasez de luz artificial no queramos añadir la falta de la luz del entendimiento que a nada bueno nos conduciría.

C. I. LI.

El teatro «Comedia» de Barcelona ha levantado el telón para mostrarnos una tragedia ocurrida en el Salem (Massachusetts) del siglo XVII. En la obra de Arthur Miller se yergue una tremenda conciencia moral de los hechos de los hombres. Es de creer que el autor no acudió a ese tema de Salem únicamente atraído por las calidades dramáticas y por las posibilidades escénicas de un suceso histórico. La realidad que Miller pone en escena es una realidad portadora de un ejemplo, de una moraleja no proclamada, a voces, pero que sí trasparece en las actitudes de los personajes de su tragedia.

Para salvarse del castigo impuesto a las brujas, un grupo de perversas muchachas de Salem llegan a acusar a todo un pueblo. Y debido sus acusaciones—estúpidamente avaladas por la mentecatez culpable—, son injustamente ejecutadas un considerable número de inocentes. En pocas palabras, con gran habilidad de dramaturgo experto y sabio, Miller traza el ambiente de un siglo XVII puritano y oscurantista, riguroso contra la clarividencia y sojuzgado por el cretinismo moral más patente. Un mundo de gentes que se impresionan ante los histéricos y culpables alegatos de unas presuntas visionarias. Muchachas perversas que fingen ser los testigos del diablo sobre la tierra y que tienen éxito en su fingimiento.

Los más severos jueces claudican ante insostenibles argumentos. Y cuando la verdad queda revelada sin ambajes, entonces atienden más a la conveniencia del prestigio de un jurado que a la obligación de hacer justicia. He aquí la lucha entre el prejuicio arrastrado como rémora atávica en las conciencias de un siglo y de unas gentes lamentables—consideradas como colectividad—, y la libertad de ideas y de pensamiento, la infelicidad puesta al servicio de la verdad más noble y honrada. «John Proctor» es el personaje que encarna esta actitud de clarividencia contra la testarudez y el magicismo de unos jueces realmente odiosos. «John Proctor» será mártir de su verdad mártir consciente, lúcido y abnegado. Su viril reacción ante el ofuscamiento general solo será comprendida por unos pocos selectos, unos pocos que no quieren mentir, que renuncian a declarar que han visto al diablo y salvar con tal declaración la vida.

Miller consigue plasmar con fuerza arquetípica ese campeón de la verdad personal y de la verdad en cuanto es un valor colectivo. Y con su «John Proctor», logra ese manifestado propósito suyo: conseguir que la Literatura norteamericana haga algo más que expresar el sentido negativo de la condición humana. ¿Acaso Miller es un optimista a lo Marden? Sin duda, no. Miller se sume en la realidad—desagradable o no— y nos traduce el sentido, la dirección significativa de esa realidad. De ella sabe extraer un resultado de aplicación moral estimulante y profunda. Y, en todo momento, logra ese patetismo artístico y teatral que supone el triunfo del intelectual y del dramaturgo a un tiempo.

Lo ocurrido en Salem, hace ya tantos años, no es—en su más recóndita, pero no oscura, realidad— algo inusitado. Miller ha visto en el hecho la constante agresión de la estulticia contra la mentalidad clara, el continuo atentado al espíritu noble, del que es responsable el espíritu tarado de gregarismo. Por eso «John Proctor» se sitúa en un pedestal de héroe moderno que, en tiempos de incertidumbre para los valores del espíritu, proclama bien alto y con actitud de sacrificado, un mensaje de caridad: que es mejor la libertad de la muerte que la esclavitud de una existencia sometida a oscuridades de mente, de corazón, a oscuridades de la Justicia y del mal elevado a rango de Moloch.

En la interpretación de la obra—dirigida con acierto— por José Tamayo—destacan Nuria Espert, Blanca de Silos, Berta Riaza, Carmen Martín, Manuel Diez González y Luis Prendes, que vive con gallardía y con verismo dramático su «John Proctor». El resto de la compañía, bastante flojo en su labor.

Enrique Badosa.